

I D I L I O

HOMENAJE A MANUEL JOSÉ OTHÓN

Gola de garras, humareda,
sangrientas alas de metal. Hendiendo,
ensangrentando el humo, desangrando
el humeante caracol del fuego,
se abre el águila en oro enrojecida.

Es verdad: amanece. Y en cenizas
de ayer apenas, otra lumbre ciega,
sepultada en cenizas.

Un cárdeno follaje reproduce
su colmena de moscas en los párpados
del dormido. En los párpados caídos
del que despierta enfermo. Y amanece:
hielo fundente, claraboya
agujerando el techo de la fiebre.

Palabras ya de muerto;
bebió palabras ya de muerto, el ojo.

Decir: hasta en la voz que me devuelven,
escrita hasta los huesos;
la firmada por mí, que no leíste
—pues no hallaron la casa, pues no estabas,
pues acaso no te adivinaron—,
palabras ya de un muerto me devuelven.

Y fue la asfixia, y la cercana
hoguera de las calles, la clausura
de la ciudad, y el girasol del polvo.

Pero tal vez alguno sobreviva
del combate en el que entró cantando;
alguien en vida, y mire
sobre la noche y sus manteles ebrios.

Y esto fue la garganta del minero
condenada a quemarse en el derrumbe;
el puente a medias, la extinguida
antorcha atroz del ciego en despoblado.

Pero alguien sobrevive que recuerda
y que amanece, y rompe la simiente
en que un árbol trisal convalecía:

El día del milagro, el oro en llamas;
el distrito de nuevo corroído
por los pasos, los cuerpos enojados,
y el alma mía, y las banderas.

De suyo, ha concebido la doncella
un guerrero con armas, y en la plaza
se sienta un hombre, y a cantar de suyo.
Arte solemne y libre, sol parido;
voz humana llamando, rescatada.

Y es el águila abierta, y la semilla
y el árbol desplegado, y es el freno
en la boca del tigre oscuro,
y es la fuerza en la mano que lo rige.